

Nº 2396
ACACIA

REVISTA MASÓNICA

No. 10 *19* **AGOSTO** *1920* **1920**

Julio 1922

SUMARIO

Contemplando a San Juan	Andrés Boza Cano
En la Fiesta de San Juan	R. Mora Fernández ✓
Un Símbolo	José-Fabio Garnier ✓
Visión	Ramiro Aguilar V. ✓
En el día de San Juan	Tomás Povedano ✓
El mito de Adam	R. Fernández Güell ✓
Mi religión	José G. Torres
El huevo sagrado	F. de P. Rodríguez
Instrucción Laica	M. González Prada
Segismundo C. Braidá	A. G. M. G.
Notas	

SAN JOSÉ :: ::
:: :: COSTA RICA

IMPRESA Y LITOGRAFÍA
MINERVA :: :: ::

El mito de Adam

Es curioso observar cómo los filósofos materialistas y los padres de la Iglesia, concuerdan en su manera de considerar la ciencia, juzgándola enemiga de la felicidad humana (1).

Sin embargo la ciencia ha redimido al hombre, arrancándolo de la oscura sima de la bestialidad, para elevarlo en alas de águila a la cumbre del conocimiento, desde donde el espíritu contempla extasiado las maravillas de la creación y adquiere una idea más profunda de Dios, cuyo inmenso poder y cuya infinita sabiduría se revelan en la naturaleza. Así David, rey sabio y poderoso, contemplando una vez desde la terraza de su palacio el firmamento estrellado, murmuró con religioso respeto: „Coelo et terrae enarrant gloriam Dei.» El paraíso de la ignorancia es bueno para los brutos; pero no para seres llamados a más altos destinos.

Dios plantó en medio del paraíso el árbol de la ciencia del bien y del mal, y dijo a Adam y a Eva: «De todos los

(1) El célebre materialista alemán Luis Buchner, en su obra «Fuerza y Materia», dice: «Únicamente el hombre instruido puede proclamar felices a aquellos a quienes su limitada inteligencia mantiene en el error; para él solo existe la amargura del conocimiento, mientras que la naturaleza del error es no poder ser conocida, ni aún sospechada, por el espíritu que la sufre.»

árboles podréis comer; menos de éste, porque en el día que tal hicieréis, morireis».

Esto es: En medio del Edén de la inocencia en que las almas vivían, Dios colocó el árbol simbólico de la Sabiduría, y les dijo: «Gozad de todas las delicias que os rodean; mas no comáis de la fruta de este árbol; permaneced como hasta aquí sumidos en la ignorancia de las cosas sagradas, y no queráis saber ni vuestro origen, ni el del Universo ni el por qué de cuanto contempláis, pues en el momento mismo que tal cosa hicieréis, moriréis».

«Pero la serpiente—dice la Biblia—era mas astuta que todos los animales que había hecho el Señor Dios».

En la serpiente está simbolizado ese espíritu inquieto y misterioso que existe en el hombre, y lo incita a saber; anhelo profundo, sentimiento divino y demoníaco a la par, que se enrosca como una serpiente al corazón del ser palpitante y enajenado y susurra a su oído: “Indaga, aprende, estudia, analiza, sé águila y no gusano, abísmate en el océano de la sabiduría infinita!” Es el genio que enciende dos haces luminosos en la frente de Moisés, y habla a Sócrates en las noches de insomnio el sublime lenguaje de la sabiduría.

La serpiente no se dirige al hombre sino a la mujer, porque el espíritu femenino está dotado de un sentimiento de curiosidad mas vivo que el masculino y porque, como es sabido, la mujer es mas precoz que el hombre. Mientras Adam, incapaz de razonar, duerme a su lado en la floresta, el espíritu de Eva medita, y dialogando consigo mismo, se dice:

«He aquí el árbol de la ciencia del bien y del mal. Por

qué Dios lo plantó en medio de este paraíso y nos ordenó que no comiéramos de él? Hermosos son sus frutos; mas Dios nos amenazó diciendo que, inmediatamente que los comiéramos o tocáramos, moriríamos. Sin embargo, nosotros somos espíritus inmortales y por nuestra naturaleza no podemos morir. Mas sabe Dios que en cualquier día que comiéremos de este árbol, serán abiertos nuestros ojos y seremos como dioses sabiendo el bien y el mal". Y animosa, tendió la mano, cogió el fruto, comió y dió de él a su marido, que también comió. Y Dios dijo: "He aquí que Adam se ha hecho uno de nos, sabiendo el bien y el mal". Esto es: "He aquí que Adam ha comido del árbol de la sabiduría y por este acto se ha divinizado".

Para conocer el bien y el mal, es necesario descender a la tierra y animar cuerpos mortales, pues la sabiduría no la adquieren los espíritus en la perfecta serenidad de los cielos y en sus delicias incomprensibles para seres dotados únicamente del principio de la ciencia, sino en las luchas y dolores de la carne, en el Universo material.

La alegoría, pues, representa, no sólo el despertar de la razón, sino el descendimiento del espíritu a la carne.

Dios advierte a Adam y a Eva que no coman del árbol de la ciencia, porque si tal hicieren, morirán sin remedio.

Esto es: Dios advierte a las almas recién creadas que no intenten conocer los misterios de los cielos ni los principios de la sabiduría, que llama "ciencia del bien y del mal" o sea la fuente o raíz de todo conocimiento, porque para ellos les será preciso abandonar el paraíso de delicias o voluptuosa ignorancia en que se encuentran y tendrán que descender a la tierra y animar formas mortales, sujetándose,

por tanto, al nacimiento y a la muerte y a todas las miserias de la condición terrestre. Los espíritus, deseosos de adquirir el conocimiento de los misterios de la creación y atraídos y cegados por los esplendores de la eterna sabiduría, se someten a tan dura prueba, abandonan la mansión de delicias, descienden a la tierra y se encarnan en formas mortales. Entonces la muerte es introducida en el mundo, y Adam y Eva, que antes eran espíritus celestiales, caen bajo su inexorable guadaña como la mies de los campos bajo la hoz del segador.

Y dijo Dios a la mujer: "Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti".

Y dijo a Adam: "Maldita será la tierra en tu obra, con afanes comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás".

Bien claro se ve por estos versículos que Adam y Eva, antes de perder el paraíso, eran espíritus celestiales, pues ni él ni ella tenían necesidad de trabajar ni de sustentarse; el hombre no tenía potestad sobre la mujer, y ésta no estaba sujeta a preñeces y alumbramientos. "Con afán comerás la yerba de la tierra—dice Dios—y ésta te producirá espinas y abrojos",—y termina recordando al hombre su condición mortal: "Polvo eres y en polvo te convertirás".

Había también plantado Dios en el paraíso del deleite el árbol de la vida, de cuyas ramas pendían los dorados y nectáreos frutos de la inmortalidad. Como Adam y Eva, es decir, las almas recién creadas, eran de naturaleza inmortal,

Dios no les prohibió que comieran de sus frutos, y aún parece que se lo permitió, cuando les dijo: "De todo árbol del paraíso comeréis, excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal". Mas al descender a la tierra y animar cuerpos mortales, la situación varió, y el Señor temió con razón que Adam y Eva se apoderaran de los frutos del árbol de la vida, y se hicieran inmortales en su naturaleza terrestre, lo que no entraba indudablemente en sus designios. Ningún castigo hubiera aplicado Dios al hombre mas terrible que el de perpetuar su espíritu en la carne, y darle por prisión este pequeño globo, que no es mas que un calabozo celeste "de reducido tragaluz", como dice de Saturno el gran Hugo. Puédese imaginar suplicio mayor? El mito de Asheverus, el judío errante, que no podía morir, expresa el horror que la inmortalidad en la tierra ha inspirado siempre al hombre. La muerte, en vez de ser un fantasma espantoso de blanco sudario y afilada guadaña, es un ángel bello que abre al alma dolorida las puertas de la prisión de carne donde yace encadenada y víctima de las mordeduras de las pasiones. Temeroso, pues, el Señor de que Adam alargara quizá la mano y tomara también del árbol de la vida, y se inmortalizara en su naturaleza terrenal, echólo del paraíso, y puso delante de éste querubines y una espada que arrojaba llamas y giraba en torno para guardar el camino de dicho árbol. Esta espada que arrojaba llamas, posiblemente era la del ángel exterminador, que mas tarde hirió a los primogénitos de los egipcios, o sea la del ángel del juicio y de la muerte, y así Adam no podía acercarse al árbol de la vida.

El Señor se vuelve también a la serpiente, y le dice:

“Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás y tierra comerás todos los días de tu vida”.

Si esta maldición se dirigiera al Demonio, simbolizado en la serpiente paradisiaca, como presumen los comentarios religiosos, claro está que no lo alcanzaría, y por lo tanto no tendría ningún efecto, pues el príncipe de las tinieblas, por su condición espiritual, no puede comer tierra ni andar arrastrándose sobre su pecho, como una serpiente vulgar, a menos que no se admita con Milton, en su admirable poema *El Paraíso Perdido*, que Satanás, a consecuencia de la maldición del Eterno, quedó desde entonces convertido en un enorme dragón y no pudo volver a adoptar la forma angélica. La maldición parece mas bien dirigirse a ese anhelo divino y demoníaco de que hablamos anteriormente, el cual se enciende en el espíritu de Eva y la incita a comer del árbol de la sabiduría. Así el escritor sagrado cree que esa curiosidad perdió a las almas que viven felices en su inocencia, ignorando el bien y el mal, y por ello condena a la razón humana a comer tierra y a arrastrarse como un reptil, en tanto que la Fe y la Esperanza, esas divinas hermanas, remontan el vuelo a la morada del Eterno.

La Iglesia interpreta la sentencia final contra la serpiente como un anuncio del advenimiento de la Virgen María, la cual le quebrantará la cabeza al dragón; mas esta sentencia se dirige a este mismo anhelo insaciable de saber, al cual atribuye el autor del Génesis todas las desgracias de la humanidad, simbolizada en Adam.

Tales son, en suma, los principales símbolos contenidos en la alegoría del paraíso, la cual puede resumirse en dos

ideas principales; el despertar de la razón y el descenso del espíritu a la materia, por el cual la muerte es introducida en el mundo.

ROGELIO FERNANDEZ GÜELL

